



Toda la correspondencia se dirigirá expresamente al Director de la REVISTA DEL TERUEL D. Jerónimo Lafuente, Teruel.
No se devuelven los originales.

La REVISTA se ocupará de todos los libros y demás publicaciones científicas y literarias que se remitan á la Dirección.

Los autores serán responsables de sus escritos. Véanse los precios de suscripción en la cubierta.

SUMARIO.

- Crónica*, por Un Teruelano.
Roncesvalles, por D. Ventura Ruiz Aguilera.
Glorias de Teruel, por D. Salvador Gisbert.
Las mulas de Donato, por D. J. E. Hartzenbusch.
La Tempestad, por D. Eduardo Lozano.
Historias extraordinarias por Edgar Poe, traducidas por D. Jerónimo Lafuente.
Boletín de la Sociedad Económica de Amigos del País.

CRÓNICA

CON mucho gusto publicamos la siguiente invitación que el Excelentísimo Ayuntamiento y Junta local de Instrucción prima-

ria dirigen al vecindario de esta capital.

Unimos nuestro ruego al de las citadas Corporaciones y esperamos que el acto de la distribución de premios será tan brillante y concurrido como en años anteriores:

«El Ayuntamiento de esta Capital y Junta local de Instrucción primaria, con objeto de dar mayor realce al acto de adjudicación de premios á los alumnos que se han hecho acreedores á ellos en los exámenes generales de las escuelas públicas y privadas de la misma, han acordado que tenga lugar de una manera pública y solemne en estas Casas Consistoriales á las once de la mañana del día 25 de los corrientes; y al efecto invitan á este vecindario por si se digna honrar con su asistencia el referido acto.

Teruel 7 de Julio de 1884.—El Presidente, Antonio Silvestre —P. A. de A. C. Jesús Remón, Secretario.»

Copiamos á continuacion la nota que colectivamente han elevado al Gobierno los representantes de las provincias desheredadas de ferro-carriles, que son las de Almería, Soria y la nuestra:

«Los senadores y diputados de las provincias de Almería, Teruel y Soria que suscriben, ruegan al Gobierno, que con la mayor urgencia presente á las Córtes los proyectos de ley necesarios para que las capitales citadas queden unidas en el más breve plazo posible con el resto de España construyendo sus líneas férreas con arreglo á los proyectos que tienen aprobados para cada una de ellas. Fundan este deseo:

1.º En que son las únicas capitales que no tienen ferro-carriles, debiendo por esta razon ser las primeras en recibir los auxilios del Gobierno.

2.º Que por esta falta de medios de comunicacion cada dia se encuentran más arruinadas y en peores condiciones para hacer competencia con las demás del reino.

3.º Que han contribuido al pago de las demás subvenciones concedidas labrando su propia ruina.

4.º Que no siendo las provincias más ricas necesitan con mayor urgencia la ayuda del Gobierno para salir de su estado angustioso.

5.º Que las longitudes de sus ferro-carriles son cortas, y por lo tanto pequeño relativamente el esfuerzo que tiene que hacer el Gobierno en su favor.

MEDIOS DE CONSEGUIRLO.

1.º Conceder á las citadas líneas la tercera parte de sus presupuestos respectivos como subvencion en lugar de la cuarta parte que hoy tienen, porque habiéndose verificado dos subastas sin que haya habido postor, prueba evidentemente la necesidad de este aumento sin que por esto sirva de precedente para otras líneas, por ser las únicas capitales que se encuentran en este caso y porque lo mismo se ha hecho con otras muchas líneas que han percibido no sólo la tercera parte, sino la mitad, y algo más de sus presupuestos respectivos.

2.º Abreviar en los pliegos de condiciones cuanto sea posible, tanto los plazos de construccion como los del pago de la subvencion fijando la cantidad de obra que han de hacer los concesionarios en cada año, para que en el caso de no cumplir su compromiso, pueda el Gobierno tomar la medida que crea necesaria sin esperar el término del plazo concedido para la construccion total de la línea.

3.º Declarar permanente en el presupuesto de Fomento la cantidad consignada para el pago de la subvencion aumentándola algo si es posible en los años venideros para que con el sobrante que pueda haber en algunos se atienda á esta obligación con preferencia, pues en este presupuesto ni en el próximo no tendrán las obras ejecutadas, para hallarse en condiciones de percibir ninguna subvencion.

Madrid Julio de 1884.

José Cárdenas, diputado por Almería; Manuel Sastron, diputado por Valderrobres (Teruel); Ramon Benito Acuña, diputado por Soria; Francisco Santa Cruz, diputado por Albarracin (Teruel); José Calvo Martin, senador por Teruel; Víctor Arnau, senador por Soria; Bernabé Morcillo, senador por Almería; Gregorio Ibañes, diputado por Montalban (Teruel); Telesforo Gonzalez Vazquez, diputado por Almería; Emilio Perez, diputado por Vera (Almería); Carlos Castell, diputado por Mora de Rubielos (Teruel); Juan Garcia Lopez, diputado por Sorbas (Almería); Francisco Rodriguez Rey, diputado por Teruel; Sebastian Carrasco, diputado por Purchena (Almería); Juan de Soler y de Ferrer, diputado por Alcañiz (Teruel); Joaquin Lopez Puigcerver, diputado por Almería; José Canalejas y Mendez, diputado por Agreda (Soria); Joaquin Fontes, diputado por Velez Rubio (Almería); Ricardo Morenas, diputado por Burgo de Osma (Soria); Fernando Heredia, diputado por Berja (Almería.)»

Un curioso lector ha hecho sobre un número del periódico inglés el *Times*, el correspondiente al 14 de Junio, las siguientes curiosas observaciones estadísticas: Contienen sus tres pliegos veinticuatro páginas, y cada página se divide en seis columnas. De estas 144 columnas, ochenta y cuatro y dos tercios son de anuncios, en número de dos mil quinientos cincuenta y nueve; y las restantes, cincuenta y nueve y

un tercio, de lectura: artículos editoriales, correspondencias, noticias y críticas de libros nuevos, etc., etc., sobre doscientos asuntos diferentes.

La longitud total de las columnas es de doscientos sesenta y cuatro pies (ingleses); el número de letras empleadas pasa de dos millones, y lo impreso equivale á dos volúmenes en octavo de cuatrocientas ochenta páginas cada uno. Cuarenta y cinco páginas de los anuncios se refieren á ventas de propiedades rústicas y urbanas.

Una observacion para concluir. No crean nuestros lectores que el número del *Times* á que se refieren estos datos tiene algo extraordinario: es un número igual á todos los demás, es decir, uno de tantos como publica ese periódico todos los días del año, excepto los domingos.

El Sr. Alcalde de esta capital se propone hacer cumplir con energía el bando publicado el día 7 del corriente. El cumplimiento de las disposiciones que en él se recuerdan á los vecinos es siempre muy conveniente, y mucho más hoy en que el cólera, que apareció en Tolon, amenaza invadirnos.

Tomadas de aquí y de allá, bien pudiera yo dar á ustedes algunas noticias *coléricas* é infinitos remedios contra esta terrible enfermedad; pero me hago la cuenta de que las malas nuevas tienen muchas alas y no permita Dios que á sabiendas dé yo un disgusto á nadie. Los remedios y específicos son, segun dice la ciencia, como la carabina de Ambrosio. Lo que sí diré es que presumo que el temible huesped no ha de atreverse á venir por aquí, porque es de suponer que será este un viajero como lo son todos los que viajan por gusto ó por darse importancia, amigo de la comodidad y del *confort*, y en cuanto sepa, y ya lo sabrá á estas fechas, que para llegar á

estas regiones es menester montar en burro, ó poco menos, desistirá de visitarnos por temor de perecer en esos caminos. Y si lo hace así, como yo presumo, tendremos que erigir un monumento á la memoria de todos los diputados y senadores que han representado hasta aquí á nuestra provincia, porque previeron, ¡oh sabios y prudentes varones! las desazones y los desastres que las líneas férreas, tan deseadas por nosotros (¡infelices!) habian de ocasionarnos. Y *velay* porque no conviene nunca tomar las cosas con demasiado calor, que muchas veces, las más, el hombre anda á ciegas y no sabe que es lo que más le con vendrá.

En este caso, pues, vivamos prevenidos y hagámonos la cuenta de que no solamente produce la muerte el cólera, sino que hay además enfermedades innumerables de que mueren diariamente en el globo, segun cálculos, 3600 persona en el trascurso de *cada hora*.

Una de las novedades que habrán echado de ver los asistentes cotidianos al Ovalo es que todas las tardes se riega, desde el domingo anterior, sin distinguirse ya los jueves y días de guardar de los demás. Merece el Alcalde las gracias y se las damos, y otra vez se las daremos si las niñeras se van á pasear los niños de *carruage* á la Glorieta ó á cualquiera otra parte, y si un simple alguacil echa de vez en cuando una mirada *feroche* á los muchachos que se entretienen en llenar de tierra los bancos.

La longitud de los telégrafos submarinos actuales es mas de dos veces la extension de la circunferencia de la tierra; y suponiendo que cada cable consta de 40 alambres, inclu-

sas las cubiertas protectoras, resulta la longitud de estos equivalente á diez veces la distancia de la tierra á la luna.

Los gobiernos de Inglaterra, Francia, Rusia é Italia, que poseen algunos cables, y diez y siete compañías, explotan los referidos cables.

Las compañías más importantes son las siguientes:

«Submarine Telegraph,» que posee nueve cables que unen á Inglaterra con el continente.

«Eastern Telegraph,» cuyos cables, con una longitud total de 8.941 millas, cruzan el Mediterráneo y relacionan directamente Inglaterra y Bombay (India) por Lisboa, Gibraltar, Malta, Alejandría y Aden.

«Eastern Extension,» de la India al Japon, enlazando con Austria y Nueva-Zelanda, en una extension de 6.491 millas.

«Anglo American Telegraph,» que posee los cuatro cables de Irlanda á Terranova (América), cuya total longitud es de 7.548 millas es dueña tambien del que une Brest y Cabo Breton, cuya longitud es de 2.584 millas, que agregadas á las antedichas, dan un total de 11.282 millas.

«Direct Unitet States Cable,» posee un cable trasatlántico de 3.050 millas.

«Great Northern Telegraph» comunica Dinamarca con Inglaterra, Francia, Rusia y Suecia, y además tiene un cable entre Waldivortoch (Siberia) y En my Ylongkong (China) por Shanghai.

«Bragililina Submarine Telegraph» relaciona á Lisboa y el Brasil por la isla Madera y Cabo Verde.

Merecen citarse los cables que van de Cuba á la Florida y Colon, y de Cuba á Trinidad, Granada, La Barbada, San Vicente, Santa Lucía, Martinica, Guadalupe, San Cristóbal, Santo Tomás, Puerto-Rico y Jamaica.

En el Mediterráneo hay los cables de Barcelona á Marsella, de Alicante á Baleares, de Marsella á Bona y Argel, de Italia á Córcega y Cerdeña, Sicilia, Malta y Alejandría, en

Egipto, de Otranto á Atenas (por Corfú) y á Candía (por Zante), siguiendo al Asia Menor y á Alejandría.

España se une con Inglaterra con los cables de Bilbao y Vigo, y con Canarias por el de Cádiz.

En el mar Báltico hay el cable de Suecia á Rusia, y de este imperio á Dinamarca; en el mar Negro, uno de Constantinopla á Odessa y á Poti, por Crimea.

Los cables más antiguos se tendieron en 1839 en la India inglesa y en New-York.

Un Teruelano.

RONCESVALLES.

—Cuéntame una historia, abuela.
 —Siglos há que, con gran saña,
 por esa negra montaña
 asomó un emperador.
 Era francés y el vestido
 formaba un hermoso juego;
 capa de color de fuego
 y plumas de azul color.
 —¿Y que pedía?
 —La corona de Leon.
 Bernardo del Carpio, un dia
 con la gente que traía,
 «Ven por ella», le gritó.....
 De entónces suena en los valles
 y dicen los montañeses:
 ¡Mala la hubisteis, franceses,
 en esa de Roncesvalles!
 —¿Se acabó la historia, abuela?
 —Allí con fiera arrogancia
 los *Doce Pares* de Francia
 tambien estaban, tambien.
 Eran altos como cedros,
 valientes como leones,
 cabalgaban en bridones
 águilas en el correr.
 —Sigue contando.
 —Salió el mozo leonés.
 Bernardo salió y luchando
 uno á uno les fué matando
 y hubiera matado á cien.
 De entónces, etc.
 —Me gusta la historia; abuela.
 —¡Con qué ejército, Dios mio,
 de tan grande poderío
 llegó Carlo-Magno acá!
 Cuántos soldados!... No tiene

más gotas un arroyuelo,
ni más estrellas el cielo
ni más arenas la mar.

—Y qué: ¿trunfaron?

—Dios no les quiso ayudar.

El alma les arrancaron,
como espigas se troncharon
cuando silba el huracan.

De entónces, etc.

—!Qué triste es la historia, abuela!

—Diz que dice un viejo archivo,
que no quedó francés vivo,
después de la horrenda lid,
y así debió ser, pues vieron
al sol de estos horizontes,
muchos huesos en los montes
y muchos buitres venir.

—¡Qué gran batalla!

—No fué ménos el botin.

Banderas, cotas de malla
y riquezas y vitualla
se recogieren sin fin.

De entónces, etc.

—¿Y el emperador, abuela?

—Huyó sin un hombre luégo,

la capa color de fuego
rota, y sin plumaje azul.

Bernardo del Carpio, torna
á Castilla tras la guerra,
y al poner el pié en su tierra
le aclama la multitud.

—¡Qué de alegrías!

—En verlas gozárás tú.

Hubo fiestas muchos días,
tamboriles, chirimías
y canciones á Jesús.

*De entónces suena en los valles
y dicen los montañeses:*

*¡Mala la hubisteis, franceses,
en esa de Roncesvalles!*

Ventura Ruiz Aguilera.

GLORIAS DE TERUEL.

Los dos hermanos Gombalde.

I.



EN la desastrosa guerra sostenida por D. Pedro IV de Aragon con D. Pedro de Castilla llamado el *cruel*, tuvieron lugar entre otras proezas y pruebas de valor personales llevadas á cabo por los aragoneses, muchas debidas á hijos de esta provincia y en su propio suelo. Derro-

tados los aragoneses en todos sus combates con los castellanos, dispersadas y desorganizadas sus tropas, y sin poder oponerse á sus triunfadores, invadieron estos cual desbordado río que arrasa cuanto encuentra todas las fronteras del Reino de Aragon, tomando castillos, saqueando pueblos, quemando iglesias y santuarios y llenándolo todo de desolacion y luto.

Una de las comarcas que mas sufrieron en aquella feroz invasion, fué Teruel y su comunidad, como mas cercana á la frontera de Castilla y al paso por donde las tropas entraron en el Reino de Valencia, tanto mas cuanto que apenas hallaban resistencia; ¿porqué que importaba que algunos heróicos hijos de esta tierra salieran á oponérseles á su paso y lo granan entretener su marcha por algunos momentos si su valor se estrelló siempre contra el mayor número y el abandono en que se les dejaba por los suyos?

Entre los héroes que produjo aquella contienda, serán siempre memorables por su valor y por su constancia los dos hermanos Martin y Andres Martinez de Gombalde, caballeros que apreciaron en mas su patria que su propia sangre, como verá el lector en estos ligeros apuntes.

Victoriosos en todas partes los castellanos, subieron desde Calatayud saqueando todos los lugares que encontraban á su paso, tomando y fortaleciendo los castillos ó fuertes que muchos de ellos habia, escepto el de Bágüena que lo defendió Miguel de Bernabé, llevando su valor hasta el extremo de preferir la muerte abrasado dentro de la fortaleza á entregar sus llaves.

Quemado el castillo de Bágüena, salieron las huestes castellanas con el propósito de tomar á Teruel, recorriendo todos los pueblos del camino, cometiendo en ellos los mismos atropellos y excesos que en todas partes, sin encontrar la mas mínima resistencia, hasta el pueblo entonces llamado de Buena ó Buena, hoy Buena.

Tenia entonces este pueblo un buen castillo que estaba regularmente fortalecido y con buena guarnición, que aumentada por los habitantes del pueblo que tenían la órden de meterse dentro cuando lo exigiesen las circunstancias, la hacian más respetable y numerosa, y conviniendo á D. Pedro de Castilla tener puntos de apoyo que lo protegiesen en caso de una retirada y tambien para asegurar más la invasion, decidió sorprender esta fortaleza, pues de otra manera ya se figuraba sería difícil de conseguirla. Presentose de improviso en el pueblo una madrugada, cogió desprevenidos á sus habitantes sin darles tiempo para meterse en el fuerte, pero no logró su

intento pues siempre vigilantes los que guardaban este, cerraron las puertas cuando vieron que ya no podían entrar los paisanos, preparándose desde luego á la defensa por si eran atacados.

Entre los prisioneros que hicieron los castellanos en el pueblo, contábanse dos hijos de los dos caballeros que por orden de D. Pedro IV tenían el mando del castillo que eran los citados hermanos Martínez de Gombalde, y pareciéndole á D. Pedro de Castilla que ya tenía un medio por el que felizmente podía conseguir la posesión del castillo, acercóse á él y pidió plática ó parlamento á sus defensores antes de combatirlos. Prestáronse á ella, y desde lo alto del muro oyeron indignados las proposiciones del Rey de Castilla, para que le entregasen el fuerte. Ofrecióles hacerles grandes mercedes en este reino ó fuera de él y entregarles sus dos hijos, pero que si no cedían los combatirían hasta tomarlo, y antes en su presencia degollarían á los dos hermanos.

Aquellos héroes rechazaron las proposiciones del feróz Castellano añadiendo que era antes para ellos su obligación y fidelidad á la patria y al rey que su misma sangre, y al mismo tiempo los dos hermanos, desde el adarve, arrojaron sus afilados puñales, que fueron á caer junto á los pies del Rey de Castilla, imitando en esta heroica acción al famoso Alfonso de Guzman el Bueno; y así como aquel nobilísimo héroe vió salpicadas de la sangre de su hijo las murallas de Tarifa, así nuestros fieles aragoneses vieron teñirse las de Buena con la de sus hijos, pues crueles los castellanos más que los moros que sitiaron á Tarifa, degollaron á los dos niños y no contentos con esto alcanzando dos palos frente á la puerta del castillo colgaron de ellos sus mutilados é inocentes cadáveres.

Satisfechos sin duda de su hazaña, y vista ya la imposibilidad de tomar el castillo por el ejemplo de lealtad y valor que acababan de ver en los que lo defendían, después de un ligero amago de ataque y de saquear el pueblo é incendiarlo por su parte baja, tomaron los castellanos el camino de Teruel prosiguiendo su marcha.

Tan pronto como vieron aquellos buenos caballeros que no había peligro de perder el castillo si lo dejaban, salieron de él con pocos soldados si, pero valerosos, y agregados algunos más del pueblo, fueron en persecución de los castellanos logrando darles caza, matando á todos los que por algún motivo se quedaban rezagados y hasta atacando al centro de la columna dos ó tres veces, vengando así la muerte de sus hijos y los excesos que

aquellas hordas (a) habían cometido en el pueblo y continuando su persecución hasta venir á atacarles cuando sitiaron á Teruel, únicos que protegieron algo á la ciudad, pues si bien había tropas en Perales, Alfambra y otros pueblos cercanos, no hicieron nada por la capital y dejaron que cayese esta en poder del Castellano.

Celebrado fué el heroísmo de los hermanos Gombalde en todo el reino y fuera de él, premiándoles Pedro IV con grandes honores y mercedes, entre otras dádoles la posesión del castillo defendido y grandes heredades en todo el reino, en especial en Córtes, lugar fronterizo á Navarra.

Muchos historiadores consignaron en sus escritos este hecho, entre otros el rey de armas de D. Fernando el Católico, Gracia Dey. En su Novilario M. S. en verso, del que se valen muchos autores y que es respetado como autoridad por todos ellos, refiere la entrada de los castellanos en el reino de Aragón en los siguientes términos:

«En esta entrada se vido
La gran fé de Bernabé (a)
Que bien que fué combatido
Mas nunca escuito partido
Fasta que cremado fué,
Y ni aun por esas rendido:
La en sus manos abrasadas
Las claves fueron trobadas
Del castillo que tenía
Porque fué su nombradía
Más que las más estimadas,
Y lo es hoy su fidalguía
Pues son sus hembras compradas.
—No menos que este hicieron
Los dos Martínez hermanos
Que de Gombalde dijeron,
Y la Buena defendieron
Del poder de Castellanos
Do senglos fillos perdieron.

Y añade luego:

De uno de estos deballó (e)
El que después combatió
Dando las Manoplas francas

(a) Dice un autor al hablar de esta guerra que los castellanos se portaron en ella más como hordas salvajes que como gentes y tropas de país civilizado y cristiano, cometiendo excesos increíbles.

(e) Alude en estos primeros versos al de Bágüena; véanse los números de esta REVISTA, donde se narra este suceso.

(e) Descendió.

Y el castillo recobró
 Mas su renombre mudó
 Porque armado de *Armas Blancas*
 Al de *Armas Negras* venció.»

Aludiendo en estos últimos versos á un acto llevado á cabo por uno de sus hijos, abuelo cuarto del historiador Gerónimo de Blancas, en Navarra y por el que cambió de apellido de Gombal por el Blancas, de donde tuvo origen este apellido.

Esto fué el descendiente de uno de los dos hermanos Gombalde, que disgustado por los bandos que su familia tenia con los Garceses de Molina ó de Marcilla, como dicen otros, dejando esta tierra fué á establecerse á Córtes de Navarra con los heredamientos que le habia dado el rey. Del otro hermano nada notable he podido indagar despues de su heróico acto, hecho que les honra y que hoy he tenido el gusto de esplicárseles á mis lectores.

Salvador Gisbert.

LAS MULAS DE DONATO.

Fábula.

Las mulas de Donato, labrador nada rico ni sensato, le oyeron discurrir con otros tales republicana, socialistamente, y aprendieron sus máximas, del modo, incompleto, y errado sobre todo, que tienen de aprender los animales. «Trabajadora productiva gente somos, decian, pero ¿qué ganamos? Para el hombre la tierra cultivamos, á esclavitud sujetas y á castigo; y él, que apenas nos dá ración de paja, él solo, sin partir, se zampa el trigo. Pues no: que goce más quien más trabaja, y no saque ventaja quien tirano especula y miserable. Ni de un mezquino pienso se nos hable; queremos, por justísimas razones, trigo y patatas, uvas y melones ¡Libertad y justicia! No más yugo, no más palos ni afanes; apropiémonos hoy los verdes panes del hombre usurpador, nuestro verdugo.» Y así fue, porque abriendo el labrador la puerta del establo, su ya ilustrado par fuésele huyendo, cual de la cruz el diablo; y escogido recóndito paraje,

ambas mulas se hartaron de forraje, diciéndose tendidas en el haza: «Ya el amo no nos caza.» Llegó la noche, vinoles el sueño, durmiéronse en el trigo sin cuidado, como si en casa las tuviera el dueño; y habiéndolas de léjos acechado media docena ó más de hambrientos lobos, despertaron las mulas imprudentes á mordeduras de rabiosos dientes; y á pesar de patadas y corcovos, las mató sobre el campo de sus goces la turba de carnívoros feroces, quedando, así, por la fatal huida, sin yunta el labrador y ella sin vida.

Minadores del órden que hoy existe, resultado temed no ménos triste. Peligra en todo caso cuerpo que duerme al raso: velan los lobos, y si no se cuida, de las mulas y el amo harán comida.

J. E. Hartzembusch.

LA TEMPESTAD.

I.

QURRE á veces en una tarde calurosa de verano, cuando ni la más ligera nubecilla empaña la transparencia de la atmósfera, reinando perfecta calma, que de pronto, y casi sin percibirnos de ello, una mancha blanquecina aparece hácia el horizonte, y luégo remolinos de polvo se levantan á lo léjos; nublados grises de tintas siniestras entoldan el cielo y nos ocultan el sol y arrojan despues torrentes de lluvia; silba violento el huracan mientras el fulgor del relámpago nos deslumbra y ruje amenazadora la tempestad. Momentos de crisis y de angustia: las aves azoradas enmudecen y se esconden; todos los animales dan señales visibles de espanto ¡Terrible á la par que sublime espectáculo el de una tormenta!

¿Qué podrá hacer el hombre ante la conflagracion de los elementos, sino humillar su altiva frente, y poseido de religioso temor admirar la Omnipotencia Creadora en ésta como en todas las manifestaciones de su infinita grandeza? ¿Quién conserva serenidad bastante para entregarse á la meditacion, y conteniendo los latidos de su pecho interroga la naturaleza mientras el *fuego sagrado* quiera brillar amenazador, procurando fijar los caracteres que le distinguen, las causas

que le engendran? Lauro eterno á los sabios que triunfando de su propia emocion y de innumerables obstáculos y preocupaciones alcanzaron victoria completa sobre el rebelde elemento: aprisionan el rayo, domeñan su furia, y convertido ya en esclavo, sumiso y fiel este agente misterioso, rápido como el pensamiento, atraviesa los mares, recorre los continentes, hace latir á un tiempo el corazón de todos los hombres, difunde entre ellos la misma luminosa idea, ora sean vecinos al polo, ya habiten las abrasadas regiones ecuatoriales. Hay más en compensación y castigo de los sustos á que nos expone su condicion bravía cuando se alborota, le obligamos á ejecutar otros servicios que por humildes no son ménos útiles é importantes: la electricidad hila, teje, platea, dora, reproduce los grabados; modela en cobre soberbias estatuas; suple la ausencia del sol con su brillantísima é incomparable luz; y los portentos de hoy se unirán á los nuevos prodigios que esperamos ver realizados en breve plazo.

No se crea sin embargo que los antiguos tuvieran nociones, siquiera incompletas, acerca de la electricidad, para explicarse los efectos que observaban en las tormentas. Por el contrario, el paganismo armó á Júpiter *tonante* con el rayo vengador, creyendo una impiedad toda indagacion en este punto que no fuera el medroso acatamiento al dios airado; y si bien los templos politeistas y toda la fábula mitológica, se desmoronaron á consecuencia del rudo golpe que en el Gólgota recibieran, muchos siglos trascurrieron todavía durante los cuales permaneció muda y proscrita la Ciencia de la Naturaleza, ó refugiada en sagrado asilo contra las persecuciones de la ignorancia. ¡Tiempos tenebrosos y de barbárie á que algunos inconsideradamente quisieran volver! Hace poco más de un siglo que los físicos, enardecidos por otros descubrimientos, lograron descender en parte el misterioso velo que cubría el origen del rayo y del trueno, exclamando unánimes al dar cuenta á la humanidad absorta del resultado de sus investigaciones: «El rayo es una chispa eléctrica: el relámpago y el trueno son el brillo y el ruido concomitantes á toda descarga ó recombinacion de electricidades contrarias.» No temais estudiar este *met'oro*, porque no significa la explosion de la formidable cólera celeste, que no alcanzara entonces á ciertos países privilegiados donde jamás oyeron el trueno, como sucede en el Perú; y se encenderia en el nuestro con los ardientes rayos de un sol canicular, mitigándose con los frios del invierno helado.

En prueba de la verdad de estas afirmaciones, añadió Franklin, si quereis libraros de la accion destructora del rayo, plantad sobre vuestra casa una barra metálica terminada en punta; haced que esta barra comunique por medio de una cadena de hierro con un pozo, y dormid tranquilos que no incendiará vuestro albergue, quedando aherrojado por tan sencillo aparato en que una punta, cual milagrosa cruz, le ahuyenta y nos libra de sus maleficios.

Enfrente de los hechos nada valen las argucias ni sofismas de ningun género; y el argumento de Franklin lleva un siglo de prueba que le hace irrefutable. ¿Ni cómo pudiera tampoco el hombre pequeño y mísero escapar del enojo y la *cólera divina* si semejantes pasiones *humanas* fueran compatibles con la infinita bondad y justicia? Pero dejando á un lado tales consideraciones, únicamente nos compete establecer que el rayo es un fenómeno natural, y se produce siempre obedeciendo á determinadas leyes; como se desploman los edificios, y se inundan las tierras, y llueve ó no llueve, pudiendo cada uno de estos y otros frecuentes acontecimientos ser causa eficaz de gran mortandad y ruina.

Si los fenómenos atmosféricos ó *meteoros* se rigen por leyes naturales, ¿no será preferible conocerlas y precaver sus estragos á quedar siempre atónitos y faltos de aliento oyendo el retembler del trueno y el silbido del huracan en lóbrega y medrosa noche? ¿Qué fuerza levanta y embravece los vientos? ¿Cómo se forman y sostienen las nubes compañeras inseparables de la tempestad? No se crea que pretendamos dar aquí solucion completa, que hoy sólo entre nieblas se vislumbra, á los puntos dudosos de la *Metereología*; ni siquiera corresponde á nuestro compendioso y mal pergeñado artículo la enumeracion interminable de hipótesis, y entrar en otros detalles interesantes para un Tratado especial; pero ajenos á nuestra actual tarea, reducida por lo tanto á indicar la incierta explicacion de los meteoros más notables de una tormenta; ó buscar entre todas la opinion que parezca más probable ó ménos distante de la verosimilitud. ¡Y no sería poco si algo de nuestro buen propósito cumpliéramos sin merecer el enojo del benévolo lector!

Empecemos nuestra exposicion por una breve reseña de los

Vientos.—La parte gaseosa de nuestro globo forma una especie de envoltura protectora ó *atmósfera*, análoga á la observada por los astrónomos en algunos planetas. Constituye esencialmente nuestra atmósfera el aire, que,

según ha demostrado el análisis químico, es una mezcla constante de la que quiera se tome, de 21 centésimas partes de oxígeno, gas vivificante, por 0,79 de nitrógeno, moderador de la excesiva actividad de aquel; existiendo además una cantidad variable de vapor acuoso que no pasa de alguna centésima del volumen de aire, aun cuando éste se hallare saturado; es decir, con el máximo de vapor que puede admitir á la temperatura considerada. Prescindimos del ácido carbónico, amoníaco y otros gases, y diversos corpúsculos que el aire contiene, porque si bien desempeñan un importantísimo papel en la economía de la naturaleza, bajo el punto de vista mecánico son de escasa importancia sus efectos, atendida la mínima porción de los referidos gases: el más abundante, que es el ácido carbónico, entra por dos ó tres diez milésimas en un volumen de aire normal.

Raras veces se halla la atmósfera en completa calma, pues con frecuencia acarician nuestro rostro, en forma de regalada brisa, ó soplan como viento más ó menos impetuoso, infinidad de corrientes de aire producidas siempre por una diferencia de presión entre dos lugares. Examinemos por lo tanto las presiones en el interior de una masa fluida en equilibrio, cuyos cambios engendran efectos repentinos que nos darán la clave de los movimientos y bruscos trastornos atmosféricos.

Desde luego se comprende que los líquidos gravitan sobre el fondo y paredes de los vasos que los encierran, y conforme enseña la Hidrostática, «la presión correspondiente equivale al peso de una columna líquida cuya base tenga igual área que aquellos, y la altura sea la distancia contada respectivamente desde el fondo ó centro de gravedad de la pared á la superficie de nivel;» sin que influyan la irregular figura de los vasos y su diversa capacidad en el valor de la presión. Tal principio utilizan los alfareros dando la forma abovada y de poco fondo á las tinajas, á fin de que se reparta por toda la superficie lateral de estas vasijas la gran presión del agua ó los caldos que han de llenarlas; si fueran cilíndricas, no ofrecería bastante resistencia la arcilla cocida para sostener el peso de tan enorme cantidad de líquido descansando sobre el ancho fondo, á no tener un grueso desproporcionado.

Demuéstrase que el aire es pesado como los líquidos, averiguando el peso de un globo hueco, de donde aquel se extrae por medio de la máquina neumática, y volviendo á pesarle lleno de aire; el aumento anotado prueba que un litro de dicho gas á 0 grados y presión media pesa 1,29 gramos. Esta circunstancia basta para explicarnos que la atmósfera ejerza

una presión considerable sobre la superficie de nuestro globo y de todos los cuerpos que en ella existan; no baja de 15.000 kilogramos la pesada carga que sostiene un hombre de mediana corpulencia por esta causa, sin que nos resintamos por ello ni por las variaciones continuas que aquella experimenta. Así debe ser en razón á producirse por dentro y por fuera de nuestro cuerpo y en direcciones encontradas su empuje, que se equilibra de este modo, y lejos de dañar, favorece y es indispensable para la vida de los animales y las plantas. Suprimase esta presión, y los líquidos y gases hincharían nuestros órganos y nos harían estallar, si no fuera contrarrestada la expansibilidad de los gases internos por efecto de la presión atmosférica.

Llenando una copa con el agua de una jofaina ó barreño, puede invertirse dentro del líquido sin verterle, y aún sacar el vaso boca abajo hasta que su borde quede tocando solamente el agua del baño; álcese un poco más, en cuyo caso penetrará el aire, y se derrama de golpe el líquido de la copa. Lo mismo sucedería si tomáramos mercurio en vez de agua, y si en lugar de un vaso se emplea un tubo cerrado por un extremo que previamente se llena con el líquido; no obstante, como la altura de la atmósfera es limitada, lo será también su presión, equivalente al peso de la columna líquida sostenida en el interior del tubo. Por otra parte, siendo el azogue 13,6 veces más pesado que el agua en igualdad de volúmenes, deberá subir la última 13,6 veces más que el primer líquido, es decir, *las alturas se hallan en razón inversa de las densidades*, en conformidad con la ley de equilibrio de los fluidos en vasos comunicantes. Así nos explicamos que toda una columna de aire de más de 60 kilómetros eleve el mercurio 76 centímetros próximamente dentro del tubo, dispuesto del modo que dejamos indicado.

(Se continuará.)

Eduardo Lozano.

HISTORIAS EXTRAORDINARIAS

por **Edgard Poe.**

(Conclusión.)



MIENTRAS hablaba comencé los pases que me parecieron mas á propósito para hacerle dormir.

Mi influencia se dejó sentir al momento, aunque poco, y apesar de haber desplegado

toda mi potencia, ningun otro efecto sensible se observó hasta las diez y diez minutos, cuando los médicos D..... y F.... llegaron á la cita.

Expliqueles en pocas palabras mi designio: y como no hicieran mas objecion sino que el paciente estaba ya en el periodo de la agonia, continué sin levantar mano, cambiando los pases laterales en pases longitudinales, y concentrando mi mirada fija en los ojos del moribundo.

Mientras tanto su pulsación se hizo imperceptible y se obstruyó su respiracion marcando un intervalo de medio minuto.

Este estado duró un cuarto de hora sin alteracion, luego un suspiro natural, aunque muy profundo, se escapó del pecho del moribundo, y desde este momento la respiracion no fué ya sensible y las estremidades del paciente quedaron frias como el hielo

A las once menos cinco minutos observé síntomas de influencia magnética. La vacilacion vidriosa del ojo se habia cambiado en esa expresion penosa que no se ve mas que en los casos de sonambulismo, y que no puede equivocarse con otra. Con algunos pases laterales rápidos hice palpar las pupilas como cuando nos vence el sueño, é insistiendo un poco las cerré completamente.

No era esto bastante y continué mis ejercicios con gran voluntad, hasta que conseguí paralizar completamente los miembros del paciente, despues de haberlos colocado en posicion al parecer cómoda. Las piernas estiradas, los brazos estendidos descansando en la cama á una regular distancia del cuerpo, y la cabeza un poco elevada.

Esto concluido, era ya mas de media noche, y entonces rogué á los circunstantes que examinaran la situacion de M. Valdemar, los cuales reconocieron despues de un detenido exámen, que se hallaba en un estado de cafalesia magnética extraordinariamente perfecta.

La curiosidad de los dos médicos estaba ex-

citada en alto grado, tanto que el doctor D.... resolvió quedarse toda la noche al lado del paciente, de manera que á excepcion del doctor F.... que se despidió prometiendo volver al amanecer, quedamos con M. Valdemar el doctor D...., mi compañero el estudiante, los dos enfermeros y yo.

IV.

Dejamos en completa tranquilidad al paciente hasta las tres de la madrugada, hora en que me acerqué, encontrándole en el mismo estado que al irse el doctor F..., es decir, tendido en la misma posicion, el pulso imperceptible, los ojos cerrados naturalmente, y los miembros rígidos y tan frios como el mármol. En una palabra, la apariencia general era la de un cadáver.

Me aproximé á M. Valdemar é hice una especie de esfuerzo para determinar su brazo derecho á seguir al mio en los movimientos que describia suavemente alrededor de su persona. En otras ocasiones, cuando yo habia intentado hacer esto mismo con el paciente, no habia tenido éxito; pero en esta ví con sorpresa que su brazo seguia al mio muy suavemente, indicando todas las direcciones que le señalaba. Entonces me determiné á ir mas adelante en mis investigaciones.

M. Valdemar, dije: estais durmiendo?

No respondió; pero percibí temblor en sus labios y repetí mi pregunta hasta por tercera vez. Todo su ser agitóse por un ligero estremecimiento, las pupilas se levantaron por sí mismas y permitieron ver una línea blanca del globo del ojo; moviéronse los labios perezosamente y dejaron escapar estas palabras apenas inteligibles:

—Si, duermo ahora.... No me despertéis.... Dejadme morir así.

Palpé los miembros y seguian rígidos. El brazo derecho, como antes, obedecia ahora á la direccion de la mano. Pregunté de nuevo al sonámbulo:

—Amigo Valdemar ¿sentís mal en el pecho?

La respuesta no fué inmediata y menos acertada que la anterior:

¡Mal... no... yo muero!

No creí conveniente atormentarle mas por entonces, y no se dijo, ni se hizo nada de particular hasta que llegó el doctor F.... un poco antes de salir el sol, admirándose de encontrar al paciente todavía vivo.

Después de haber pulsado al sonámbulo y haber aplicado un espejo á los labios, me suplicó que le hablase. Obedecí y le dije:

—M. Valdemar, ¿seguis durmiendo?

Como anteriormente, pasaron algunos minutos, durante los cuales el moribundo pareció reunir toda su energía para hablar.

A mi pregunta repetida por cuarta vez, respondió en voz casi ininteligible.

—Si... yo duermo... yo muero.

Fué opinion de los médicos que se dejase tranquilo á M. Valdemar hasta que viniese la muerte, que debia de ser dentro de cinco minutos.

Sin embargo, yo decidí hablarle todavía una vez y repetí simplemente la anterior pregunta.

Mientras yo hablaba, verificóse un notable cambio en la fisonomía del sonámbulo. Los ojos rodaron en sus órbitas, lentamente descubiertas por las pupilas que se levantaron; la piel tornose cadavérica asemejándose menos al pergamino que al papel blanco, y las dos protuberancias circulares que hasta entonces habian estado fijas en el centro de cada mejilla, desaparecieron instantáneamente, el labio superior al mismo tiempo se levantó descubriendo los dientes, mientras el inferior dejóse caer y la boca quedó completamente abierta, descubriendo entera la lengua, negra é hinchada.

Todos los circunstantes estábamos familiarizados con semejantes espectáculos; pero el aspecto de M. Valdemar en aquel momento era tan horroroso y repugnante, que por un

movimiento instintivo todos nos separamos de la cama.

v.

Entro ahora en la parte de mi relato, donde temo que el lector dude de mi veracidad y no me crea. Sin embargo es mi deber continuar diciendo la verdad.

No habia en M. Valdemar el menor síntoma de vitalidad, y convencidos de que estaba muerto le abandonamos á los enfermeros, cuando se manifestó en la lengua un fuerte movimiento de vibracion que duró un minuto. Luego oimos una voz, pero una voz tal que sería locura tratar de imitarla. Hay sin embargo, dos ó tres epítetos que podrian convenirle: era un sonido, áspero, desgarrado, cavernoso: pero aquel estridor no es definible; por que semejantes sonidos nunca han herido oídos humanos. Aquella voz parecia venir á nuestros oídos de larga distancia ó de algun abismo subterráneo, y me impresionó de la misma manera (no sé si me hago comprender) que las materias glutinosas ó gelatinosas afectan al sentido del tacto.

Lo cierto era, que M. Valdemar hablaba para responder á la pregunta que le habia yo dirigido algunos minutos antes. Le habia preguntado si dormia siempre, y contestaba ahora:—Si—no he dormido—y ahora—ahora estoy muerto.

Ninguno de los presentes dudó siquiera de estas palabras; de tal manera fueron pronunciadas. Mi compañero, el estudiante de medicina, se desmayó y los enfermeros escaparon de la habitacion sin haber podido conseguir que volvieran.

Cerca de una hora nos costó volver á la vida á mi compañero, y cuando lo conseguimos, empezamos de nuevo nuestras investigaciones sobre el estado de M. Valdemar.

Guardaba la misma posición que he descrito últimamente é igual aspecto: pero el espejo aplicado á los labios no daba señales de respiración: intentamos sangrarle, pero

sin resultado. El brazo no estaba ya sometido á mi voluntad y por mas esfuerzos que hice no pude conseguir que siguiera la dirección de mi mano.

La única indicación real de la influencia magnética se manifestaba ahora por el movimiento vibratorio de la lengua.

Cada vez que dirigía yo una pregunta á M. Valdemar, parecía que hacía un esfuerzo para responder; pero aquel esfuerzo duraba poco. A las preguntas hechas por otra persona era absolutamente insensible.

Creo haber referido todo lo necesario para hacer comprender el estado del sonámbulo en este periodo. Buscamos otros enfermeros, y á las diez salí de la casa juntamente con los dos médicos y mi compañero.

Al mediodía volvimos todos á ver el paciente y su estado era absolutamente el mismo. Entonces tuvimos discusión sobre la oportunidad y posibilidad de despertarle: pero acordamos que de ello no podía resultar ninguna utilidad.

Era evidente que hasta entonces la muerte ó lo que se define habitualmente con la palabra muerte, había sido detenida por la operación magnética. Nos pareció claro á todos que el despertar á M. Valdemar hubiera sido asegurar su minuto supremo, ó por lo menos, acelerar su desorganización.

VI.

Desde entonces hasta fin de la semana última, siete meses próximamente, nos hemos reunido todos los días en casa de M. Valdemar con los médicos y otros amigos. Durante todo este tiempo el sonámbulo ha permanecido exactamente en el mismo estado que le he descrito antes. La vigilancia de los enfermeros era continua.

El viernes última fué cuando resolvimos despertar al paciente, ó por lo menos, intentarlo, y hé aquí el resultado, deplorable, quizás, de esta última tentativa, origen de tantas discusiones en los círculos familiares, y de tanto ruido, en todo lo que no sea otra cosa

que el resultado de una credulidad popular injustificable.

Para arrancar á M. Valdemar de la catalepsia, magnética, hice uso de los pases acostumbrados, durante algun tiempo sin resultado.

El primer síntoma de vida fué un apagamiento parcial de iris, acompañado de un flujo abundante de un color amarillento (debajo de las pupilas) de un olor acre y muy desagradable.

Probé entonces á ejercer mi influencia en el brazo del paciente, pero no pude. El Doctor F... manifestó deseo de que le dirigiese una pregunta, y yo lo hice del modo siguiente.

—M. Valdemar, ¿podeis explicarnos cuales son ahora vuestras sensaciones y vuestros deseos?

La lengua tembló, ó mas bien rodó violentamente en la boca, y á lo lejos se oyó la misma voz, tan horrible como antes.

—¡Por el amor de Dios!..... ¡pronto!..... ¡pronto!..... hacedme dormir..... ó pronto despertadme!..... ¡Os digo que estoy muerto!

Yo estaba enervado, y durante un minuto quedé indeciso sin saber que partido tomar. Hice sin embargo, un esfuerzo para calmar el paciente y aplique toda mi influencia para despertarle. Bien pronto vi que esta tentativa tenía satisfactorio éxito, ó por lo menos, adquirí esperanza de un buen resultado.

Nadie podía esperar lo que sucedió.

Daba yo los pases magnéticos, mientras M. Valdemar, murmuraba sin interrupción: ¡muerto... muerto!... cuyas voces hacían explosión en la lengua, no en los labios, cuando en menos tiempo del que empleo para contarle, en un instante y á un mismo tiempo, todo su cuerpo se descompuso, se deshizo, se pudrió, completamente bajo mis manos. Todos vimos sobre la cama una masa repugnante, y casi líquida, una asquerosa putrefacción.

(Traducción.)

Jerónimo Lafuente.